

dirija; déjale que te lleve y te guíe, poco a poco y, sin darte cuenta, tú mismo irás levantando tu dignidad de hombre y te irás acercando al ideal y a la perfección». Esto es lo más hermoso de la educación, lo verdaderamente humano, lo que debe anhelarse siempre: «obrar según un fin absoluto que excluya todo propósito útil o relativo» y es este fin absoluto el que constituye únicamente la naturaleza racional, el valor moral de la persona, la dignidad humana, lo más excelso del hombre, lo que debe amarse y respetarse siempre; ya que al respetar nuestra dignidad respetamos la de todos; al amar nuestra dignidad, amamos la de todos los demás seres, con lo, que la persona humana, es objeto de un amor adecuado y de un respeto absoluto en nosotros y en los demás.

Ya sabéis pues, Señoras y Señores, algo de mis ideas, de mis anhelos, de mis opiniones, de mis coincidencias, con las opiniones de los pensadores ilustres que, en diferentes naciones y épocas, han dirigido los progresos de la Pedagogía. En síntesis, no quiero, no queremos los Maestros de la Escuela nacional española, limitarnos a instruir sino cooperar a que se formen hombres buenos, honrados, laboriosos, amantes de la Patria y de la Humanidad. Aspiramos todos a una acción verdaderamente educadora, desde la génesis del carácter hasta el cuidado del cuerpo, al desarrollo de la personalidad, a la severa obediencia de la ley, al predominio de la vocación sobre todo cálculo egoísta—único medio de robustecer en el porvenir nuestros intereses sociales—al patriotismo sincero, leal activo; queremos hacer surgir en la Escuela Primaria para llevarlo a todos los ámbitos de España, el amor al trabajo, el odio a la mentira, el espíritu de equidad y de tolerancia; todo, en fin, lo que nos asegure una generación más culta, más severa, más digna, más honrada. Queremos exaltar en la teoría y en la práctica aquella educación fundamental, no tan rica en pormenores subalternos como en la vigorosa solidez de sus principios y en la universalidad de sus direcciones, que no pueden ni deben excluir ningún orden del saber contemporáneo; aquella educación espiritualista capaz de despertar en las almas de nuestros niños y de nuestros jóvenes, un sentido profundo, enérgicamente varonil en los muchachos; delicadamente femenino, tierno y piadoso en las muchachas; y, en ambos sexos, inspirar un amor a todas las grandes cosas: a la Religión, a la Naturaleza, al Bien, al Arte; una conciencia transparente de su fin, nutrida por una vocación arraigada; gustos nobles, dignidad de maneras, hábito del mundo, sencillez, sobriedad, tacto: en fin, que defendemos ese espíritu educador que re-

